



sextopisoralidades

MARIE-LUISE SCHERER
LA BESTIA DE PARÍS
Y OTROS RELATOS

La bestia de París y otros relatos

MARIE-LUISE SCHERER

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida
o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Die Bestie von Paris und andere Geschichten

Copyright: © Matthes & Seitz Berlin Verlag, Berlin, 2012.
All rights reserved by Matthes & Seitz Berlin Verlagsgesellschaft mbH

Primera edición: 2014

Imagen de portada
Cabaret de l'enfer (1898), EUGÈNE ATGET

Traducción
© JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-15601-53-1
Depósito legal: M-5426-2014

Impreso en España

ÍNDICE

La bestia de París	9
El último surrealista	67
Cosas sobre <i>monsieur</i> Proust	91
Grititos de reencuentro	115

LA BESTIA DE PARÍS

Mademoiselle Iona Seigaresco tenía prisa por ser vieja. Llevaba un pequeño sombrero de fieltro de color marrón que, sin prestar atención al eco que le devolvía el espejo de su armario, se encasquetaba sin más, bastándole que el sombrero cayera bien ajustado hasta abajo y le escamoteara el rostro. El bolso le colgaba delante del pecho, sujeto por una ceñida correa. Caminaba muy encorvada, lo cual no la libraba de ver las obscenidades del bulevar de Clichy, donde vivía.

Cualquiera que fuese el rumbo que tomara al salir de su edificio, pasaba siempre delante de las fotos de las chicas desnudas que se relamían los labios con los ojos entornados, y cuyos triángulos negros y de contornos bien definidos se repetían como el diseño de una orla.

Ya por la mañana, bien temprano, cuando iba a la panadería, había porteros agarrando a otros hombres por la manga, y la clientela salía de entre las cortinas del establecimiento. Y dado que para tales acontecimientos no había hora fija en el bulevar de Clichy, *mademoiselle* Seigaresco blindaba sus sentidos. Se negaba a conocer a nadie en ese tramo de sus recorridos diarios, tampoco devolvía los saludos. Ni siquiera miraba a su alrededor.

Sólo cuando, de regreso a casa, giraba el pomo de la puerta con el número 60 y la cerradura del portón de hierro forjado se abría, *mademoiselle* Seigaresco entraba de nuevo en un sitio que le resultaba tolerable. Ya bajo la bóveda de columnas de la entrada, que le otorgaba al edificio una elevada categoría social, empezaba a colocar lentamente un pie delante del otro, como si un fleje mantuviera atado sus empeines. Ahora que se encontraba lejos de las molestias del bulevar, se dejaba

caer en una fragilidad de la que algunos decían que era algo adquirido con el tiempo. Lo más probable es que, en el caso de *mademoiselle* Seigaresco, se tratase de una transigencia asociada a la edad, que a sus setenta y un años ya añorase lo que más temía.

Ante ella estaba el adoquinado del amplio primer patio; junto a la iluminada escalera de acceso a los apartamentos, de marcado aspecto señorial, estaba la escalera de los proveedores y empleados domésticos, en semipenumbra. También en la portería de la conserje, Laura Bernadaise, a la que la luz del sol no llegaba en todo el año, había encendida una insuficiente bombilla amarilla.

A *mademoiselle* Seigaresco le caía bien la portera, una mujer que aún no había perdido la risa en los nueve años que llevaba en su puesto, a pesar de vivir con su marido y sus hijos en ese oscuro agujero. Sobre todo, estimaba el buen tino de *madame* Bernadaise, que sabía de inmediato cuándo *mademoiselle* Seigaresco no deseaba que la molestasen, aquellos días en que sólo deseaba saludar, pero nada de charlas. Entonces, *madame* Bernadaise apartaba a un lado, sin más, la manguera del jardín con la que rociaba el follaje en un rincón del patio y dejaba pasar a la parsimoniosa mujer.

A primera hora de la tarde del 2 de noviembre de 1984, un viernes, antes de ser asesinada hacia el anochecer, *mademoiselle* Seigaresco fue vista todavía en el parque del edificio, el cual, en su conjunto, con sus ateliers, su pabellón de acacias, plátanos y olivos y sus edificios laterales y traseros, llevaba el nombre de Cité du Midi. Había retomado sus actividades otoñales y arrancado las hierbas y las hojas marchitas.

Ofrecía la vista habitual de cada año, una escena algo estrafalaria. Porque *mademoiselle* Seigaresco se doblaba tanto sobre los alcorques y los alargados arriates que su cabeza desaparecía como la de un pájaro acuático que se sumerge. Sólo quedaba visible un empinado montoncito de tela de abrigo gris, del que salía a veces, rápidamente, un guante de goma que se estiraba hacia las plantas.

Cuando *mademoiselle* Seigaresco llamó a la puerta de *madame* Bernadaise hacia las cinco de la tarde, regresaba de hacer sus compras en la calle Lepic. Como siempre, la redecilla de la compra le colgaba de la mano con la forma puntiaguda de un paraguas cerrado, porque ella, aparte de un pequeño trozo de pescado, sólo llevaba en la red un puerro cuyas barbas arenosas se arrastraban por el suelo. Para llamar a la puerta no utilizó el nudillo de su dedo índice, sino que tamborileó con las uñas, como una breve granizada, contra la ventana de la portería. Luego giró el pomo y asomó la cabeza.

Su afilada nariz quedó bajo la penumbra del sombrero encasquetado hasta el fondo. Los hijos de *madame* Bernadaise solían temer a esa figura encorvada y bajita. Pero ahora abandonaron de un salto sus cuadernos escolares con la vana esperanza de que *mademoiselle* Seigaresco aceptase la silla que le ofrecían y se sentara junto a ellos. Pero no, ella sólo quería —dijo de pie, desde la puerta, dirigiéndose al joven Carlos— que el chico recordara lo de mañana, a las tres, y que fuera puntual.

Provista del mejor de los ánimos para el resto de la tarde, *mademoiselle* Seigaresco atravesó el primer patio hasta la escalinata que llevaba al edificio central del inmueble. Las antorchas de cristal de las dos estatuas a derecha e izquierda de la escalera aún no habían sido encendidas cuando ella se fue alejando con su peso de pluma a través de los peldaños. Reinaba todavía la penumbra, la disputada luz que, a juicio de la portera, *madame* Bernadaise, encargada de accionar los interruptores eléctricos, aún podía aprovecharse al día.

Dado que *mademoiselle* Seigaresco, para el bien de todos, era ahorrativa, jamás pulsaba el botón de la luz de su escalera. Aquella tarde, a última hora, Nicolás, el hijo de tres años de Pénélope Robinson, estaba jugando en el vestíbulo. Pénélope Robinson era la conserje de los edificios de la parte trasera. Como Nicolás, su hijo, creyó recordar tres años después, ese día un hombre de piel oscura le preguntó si la dama que estaba subiendo las escaleras vivía en el edificio. Y puesto que el

niño asintió o le respondió que sí, el hombre también subió las escaleras a oscuras.

Laura Bernadaise había quedado en sustituir a su colega Pénélope Robinson el fin de semana siguiente y la mañana del lunes siguiente. Tenía que repartir la correspondencia en el intrincado territorio del fondo, por lo que le alegraba que cualquiera pasara personalmente a recoger las cartas en su portería. Normalmente, *mademoiselle* Seigaresco echaba un vistazo por la ventanilla de la portería, asomando la cabeza con una breve actitud inquisitiva, aunque, en realidad, no estaba suscrita a nada y sólo pocas veces recibía una carta llamativamente franqueada desde Rumanía.

Ese sábado *madame* Bernadaise pudo haberle dado a su hijo Carlos la correspondencia de *mademoiselle* Seigaresco, ya que el chico había quedado con ella a las tres de la tarde para recibir sus clases de consolidación en francés. Pero por motivos de corrección, a lo que se añadía también la aparente importancia de la carta, *madame* Bernadaise subió ella misma los tres pisos después del almuerzo. Como no se oía nada detrás de la puerta y no quería llamar a esa hora, dejó la carta debajo del felpudo. Más tarde, cuando Carlos apareció ante la portería de su madre poco después de las tres, *madame* Bernadaise, no del todo convencida, supuso que *mademoiselle* Seigaresco se sentiría agotada y estaría descansando.

Tampoco el domingo, día en que apenas se le hubiera ocurrido tal cosa, se atrevió *madame* Bernadaise a cerciorarse. Temía irrumpir a la fuerza en esa distancia que *mademoiselle* Seigaresco había puesto entre ella y el resto del mundo. El lunes ya no necesitó ningún pretexto para detenerse en la tercera planta del edificio central y levantar el felpudo de la entrada del piso de *mademoiselle* Seigaresco. La carta del *maitre* Dieu de Ville, un abogado, estaba todavía allí.

Madame Bernadaise se lo comunicó a su marido, un policía que en ese momento estaba en casa, durmiendo, después de hacer su ronda nocturna. Con la llave maestra de la portería, éste abrió la puerta, que estaba sólo cerrada, sin pestillo

de seguridad, pero sólo consiguió desplazarla un tramo, ya que *mademoiselle* Seigaresco yacía muerta detrás de ella.

Entre todos los asesinatos que ocurrían a diario en París, la muerte de Iona Seigaresco despertó cierto interés. Aquella maestra jubilada, oriunda de Rumanía, era la cuarta anciana que perdía la vida de una manera similar en un plazo de cuatro semanas. Atada de pies y manos, con una mordaza en la boca, yacía en su recibidor, asesinada a golpes. Tenía rotos la nariz, el mentón, la cervical y las costillas del lado derecho. Aún llevaba puesto el abrigo, al lado de la cabeza estaba el sombrero, y junto a la puerta, la bolsa de la compra.

El piso parecía haber sido registrado con un brío furioso. En el caso especial de la víctima Seigaresco, el asesino, además, se había visto decepcionado en sus expectativas debido a la enorme cantidad de libros que tenía la mujer, lo cual tiene que haber despertado en él unas ganas adicionales de revancha. Por encima de todo lo que había regado por el suelo, estaban, abiertos y destripados, el sofá y los sillones.

El asesino hubo de presentarse dando muestras de una gran seguridad en sí mismo para no llamar la atención en aquel edificio, que ante sus vecinos de la plaza Pigalle y la plaza Blanche se erige con especial elegancia despectiva. Porque, en un sitio como éste, es más que posible que alguien que busque a un filatelista vaya a parar a la planta baja de una casa de citas, donde puede estar vagando, sin ser molestado, por entre los montones de sábanas sucias. Que él, el asesino, pudiera penetrar hasta las entrañas de la propiedad, demuestra que tenía que ir bien vestido. Su aspecto hubo de apaciguar toda desconfianza.

Para el matrimonio Nicot, Germaine Cohen-Tanouji no era una anciana dama de la mejor estirpe parisina. Mostraba una deferencia casi inapropiada, era confiada como un niño y tenía una risa fácil con todo el mundo. *Madame y monsieur* Nicot salen de buen ánimo del edificio de nueva construcción en el

número 17 de la calle Montera, en el duodécimo distrito. Han sido invitados a tomar el té e irradian la satisfacción de una pareja inseparable. Con el dedo anular derecho metido en el lazo que ata una caja de tarta, y un gorro de lluvia con ojales perforados a los lados en la cabeza, *monsieur* Nicot parece encarnar al seductor de una tarde de domingo. Del bolso de *madame* Nicot cuelga, de una cadenita, un chal de seda. Los dos llevan abrigos de piel de camello.

Germaine Cohen-Tanouji era una mujer bajita, regordeta como una bola y, hacia el atardecer, aún llevaba la bata puesta. Había tomado su desayuno en el mostrador del café. «A casi todo del mundo en el edificio», dice *madame* Nicot, «lo había invitado a su casa a tomar algo alguna vez». También a los Nicot, a quienes tales contactos les parecían extraños, había intentado ganárselos. «Vivía demasiado al día», dice *monsieur* Nicot, como si en ello radicara la premisa de su asesinato.

Cuando Germaine Cohen-Tanouji, de setenta y dos años, fue encontrada en su cama el día 4 de octubre de 1984, estrangulada con un cinturón de cuero, con la cabeza cubierta por unas almohadas, la muerte de la anciana fue para los Nicot casi una consecuencia lógica de su adicción a las personas. Y el horror de ambos se concentró menos en ese destino que en la circunstancia de que tal destino se consumara en su edificio.

En la esquina de la avenida de Saint-Mandé y de la calle de la Voûte está el café Bel Air. Era un sitio frecuentado por Germaine Cohen-Tanouji cuando regresaba de sus compras en la calle du Rendez-Vous. A menudo aún no había cerrado la puerta tras de sí cuando el dueño ya estaba accionando la palanca de la máquina de café sobre su taza. Ella se acomodaba en su sitio habitual, junto a la *étagère* con los huevos cocidos, donde solía echarse también la enorme perra pastora Editha, que parecía esperarla meneando la cola. La mayoría de las veces ya estaba allí también *monsieur* Benaïs, quien, como *madame* Cohen-Tanouji, era, asimismo, de origen judío-tunecino.

Monsieur Benaïs es dueño de una tienda de textiles en la calle de la Voûte, lo que para él suponía una existencia triste,

pues le hubiera gustado ser cantante. Pero se resarcía, de tanto en tanto, haciendo de animador musical en bodas ju-
días organizadas en hoteles. Por eso el sentimiento con el
que habla de Germaine Cohen-Tanouji tiene sus motivos ar-
tísticos. Porque ella pintaba paisajes tunecinos de memoria,
y a él lo alegraban aquellos cuadros. A ella, por su parte, la
alegraba cuando él le decía, los días de mal tiempo, que de-
bía ver el sol con urgencia y la animaba a que desatara el lazo
de su carpeta.

Ella había pertenecido a la resistencia y hablaba un fran-
cés excelente. Como antigua maestra en una escuela superior
tunecina para chicas, Germaine Cohen-Tanouji tenía una
pensión. Aunque estaba muy apegada a París, encarnaba pa-
ra el señor Benaïs el absoluto opuesto de una parisina. Era
más generosa y tenía más sentido del humor. También care-
cía de esa desconfianza tan propia de todas las personas que
viven en la capital. Debía de creer que la desconfianza era al-
go poco digno de ella y decidió no adoptarla, sencillamente,
por ser una cualidad indecorosa. Invitaba a la gente a su casa
para que viera sus cuadros, y servía vino y frutos secos. Saber
que Germaine Cohen-Tanouji estaría en el café por las maña-
nas, hacia las diez, y que luego estaría de nuevo por las tardes,
hacia las cuatro, hacía que *monsieur* Benaïs abandonara a las
mismas horas el mostrador de su tienda. Y tras unos pocos
pasos ya veía tras el cristal lo que esperaba: a la benévola se-
ñora de Túnez con sus gruesas gafas y su vestido gris de tipo
árabe sin entallar.

En los primeros nueve de sus veintiún asesinatos confesados,
el asesino tuvo un cómplice. Ambos buscaban ancianas en las
calles comerciales o en los mercados semanales, ancianas que
parecieran achacosas y sólo pudieran andar con sumo esfuerzo
o apoyándose en un bastón.

Germaine Cohen-Tanouji es considerada, según las pes-
quisas de la policía, su primera víctima. Puesto que tenía un

paso ágil y no parecía débil, el asesino y su cómplice debieron de tener, en su caso, otra motivación para ir hasta su piso y atacarla. Puede que resultara un buen entrenamiento para sus siguientes asesinatos. Porque ya al día siguiente, el 5 de octubre de 1984, escogen a otras dos ancianas cuya debilidad física era bastante evidente.

Thierry Paulin y Jean-Thierry Mathurin viven a lo largo de todo el año 1984 en el hotel Laval, en el número 11 de la calle Victor-Massé, en el noveno distrito. Con una estrella, es un hotel de la más baja categoría: una cama, una mesa y una silla conforman el deslucido mobiliario. Las habitaciones no están sucias, pero son miserables; los inquilinos, en la mayoría de los casos, son huéspedes permanentes con profesiones nocturnas e ingresos irregulares. El único objeto de valor en su escaso equipaje es una moderna chaqueta de cuero. El dinero se les va en el alquiler diario de 185 francos, en servicios rápidos de tintorería, en paquetes de Marlboro y en los menús para llevar de las cadenas de comida rápida norteamericana. Les restan un par de carreras en taxi y las cervezas de lata de la máquina, que hacia el amanecer, cuando regresan al hotel, ponen el sello a la noche. No es una vida noble, pero tampoco es una vida tan mala para París, donde un hotel como éste es algo más que un techo bajo el que cobijarse.

Paulin, de veintiún años, y Mathurin, de diecinueve, ocupan la habitación más cara, la que cuesta 85 francos. Disponen de un armario para la ropa y de una ducha, viajan habitualmente en taxi y jamás se los ve en la escalera del hotel con un sándwich en la mano. Son gente solvente, y especialmente Paulin tiene el hábito de dar buenas propinas. La sala de estar, aparte de una pecera sin iluminación y un aparato de televisión, no muestra ningún otro elemento de *atrezzo* que incremente la sensación de habitabilidad; Paulin se ocupa de crear ambiente, invitando a todos a bebidas de la máquina.

Para el arrendatario del hotel y su anciana madre, para los porteros de día y de noche y para el resto del personal, Paulin y Mathurin pertenecen al cuerpo de baile del Paradis Latin. Eso

explica el comportamiento de ambos, tan llamativo y ostentoso en ese humilde establecimiento, cuyos huéspedes acostumbran a calcular hasta el último céntimo. Porque sentir el aplauso del Paradis Latin, presentar los osados números según las mejores coreografías, dar alegría a un público que noche tras noche roza las mil personas, es un puesto de trabajo exclusivo, el lado más puramente alegre de la vida para los demás peones que pernoctan en el hotel.

Paulin y Mathurin forman una pareja de homosexuales muy apreciada, los dos tienen buen aspecto, siempre van duchados y acicalados. Ambos son de color. Paulin es más bien un mulato de piel clara, con una nariz ancha y muy aplastada, y Mathurin es un mestizo de piel más oscura, con rasgos faciales bien conjuntados. Paulin es oriundo de Fort-de-France, en Martinica, y Mathurin es de Saint-Laurent-du-Maroni, en la Guayana francesa.

La madre de Paulin tiene dieciséis años cuando él nace fuera del matrimonio. Crece al cuidado de su abuela, la madre de su padre, que ha abandonado Martinica y vive en Toulouse. Cuando su madre lo acoge a la edad de seis años, estaba esperando otro hijo. Después de un hijo más, se casa, y viene otro hijo. Con tres pequeños medio-hermanos y una madre maltratada por un marido al que le cuesta soportar el matrimonio, Paulin sobra en la mesa. Más tarde, en París, contaría que su madre lo alquilaba como repartidor y ayuda doméstica de otras personas.

Para mantener la precaria paz familiar, se le ofrece la oportunidad de desaparecer. A la edad de doce años, su madre lo despide en el aeropuerto de Fort-de-France, y Paulin vuela adonde su padre, en Toulouse. El padre ha conseguido establecer allí una fontanería, tiene esposa y dos hijos. La llegada de Paulin a Toulouse no es algo que le haga mucha gracia al padre. Sólo el deber de ofrecerle unos cuidados que nunca le dio lo empuja a mostrarse indulgente con el hijo. Y de nuevo Paulin es el añadido, el mayor de dos medio-hermanos. Y de nuevo pone en peligro la paz de una familia.

Interrumpe su curso de peluquero y se une a las bandas de moteros de los barrios marginales. Recorren Toulouse como locos, disfrutando del terror que infunden. Se van sin pagar de las *crêperies*, irrumpen en los cines y en las discotecas. En una carta, Paulin describiría más tarde esos años como una época de estupideces. En 1984 acaba su servicio militar y llega a París con una carta de recomendación como aprendiz de peluquero. Tiene veintiún años. En la calle Béranger, detrás de la plaza de la República, acepta, sin que lo sepan los caseros, una buhardilla en el piso de un joven que había sido su superior en el ejército.

Encuentra a su madre, la cual, para entonces divorciada, se ha trasladado con cuatro hijos de Martinica a Francia y vive en Nanterre. Es conserje en una escuela. Paulin se muda adonde ella y siente que es bienvenido como hijo y como hermano. La convivencia es buena hasta el día en que su madre lo ve actuar delante del espejo con vestidos de mujer.

Por las noches, Paulin toma el tren a París. Tiene un trabajo como auxiliar de camarero. Es allí donde conoce a Mathurin. Éste lleva diez años en París. Es un joven de la calle, atractivo, versado en la vida de la capital, que vive a tope los asuntos más ligeros de la calle Sainte-Anne en el Bois de Boulogne y en la Porte Dauphine. Quiere hacerse famoso como bailarín. Ya en la escuela aparecía maquillado como para una actuación.

Mathurin es más refinado que Paulin, no disimula su homosexualidad; sobre todo, carece de ese sentimiento de inferioridad, de esa rabia sin sosiego por sus orígenes. Mathurin está dotado de ligereza. Duerme a pierna suelta en las camas de sus amantes y por las noches se pone la pajarita de camarero. Cuando conoce a Paulin, es *garçon de salle* en el Paradis Latin, un ayudante hábil en el espectáculo de la cena. Paulin también forma parte del equipo de ayudantes.

Se enamoran y se enrollan. Paulin lleva la voz cantante en la relación, y quiere definirla, construir algo estable. Pero antes deberá conseguir que el voluble Mathurin siente la cabeza.

«La bestia de París»: así fue apodado en 1989 Thierry Paulin, que a lo largo de cinco años asesinó a más de veinte ancianas en París –nueve de ellas con la ayuda de su cómplice y pareja sentimental, Jean-Thierry Mathurin– cuando éstas regresaban a sus hogares tras haber realizado algún quehacer cotidiano. ¿Su finalidad? Mantener una vida de derroche, entregada al *glamour* y los placeres materiales, como forma de apaciguar los sentimientos de rechazo y soledad que anidaban en su espíritu. Con gran maestría, la reconocida periodista alemana Marie-Luise Scherer logra introducirse en la mente del asesino ofreciéndonos un perfil nítido de un personaje que no deja de ser una expresión de los turbulentos tiempos que vivimos desde hace varias décadas.

Completan el volumen tres relatos adicionales. En el segundo, sobre uno de los primeros surrealistas, Philippe Soupault, queda plasmada la atmósfera literaria de la Francia de principios del siglo xx, poblada de personajes como el propio André Breton, Guillaume Apollinaire, Paul Éluard o Jean Cocteau. La tercera historia gira en torno a Marcel Proust, y la autora nos traslada al ambiente familiar y social vivido por el buscador del tiempo perdido con la excusa del rodaje del proyecto cinematográfico de Volker Schlöndorff, que pretende llevar a la gran pantalla la obra del escritor francés. La crónica que cierra este volumen nos abre las puertas al mundo de la moda parisina y los fastuosos desfiles que atraen la atención de miles de personas, no sólo en la capital francesa, sino en todo el mundo.

El hilo conductor de todas las historias contenidas en este volumen es, por supuesto, París, la Ciudad de la Luz, que sigue siendo la musa fascinante e inspiradora de una gran cantidad de historias maravillosas e intrigantes, como las que aquí nos cuenta Marie-Luise Scherer.

«Una pequeña joya del periodismo literario».

KLAUS BITTERMAN

«Si todavía no conoce a la diosa del reportaje y sus textos de culto sobre París, ¡siéntese ahora mismo y póngase a leer!».

Die Zeit



sextopisorealidades

